



El cadáver de Gustavo Mejía —muerto a tiros por la espalda estando él desarmado— y fotografiado cuando la madre abnegada y la novia buena vinieron a besarlo, es la más fuerte de las acusaciones que puedan hacerse.

La lucha de pandillas que desde hace 15 años ensangrienta el suelo de Cuba, se ha recrudecido temerariamente en los últimos días, provocando el pánico en todas las conciencias y la inquietud en todos los hogares. Y es mil veces más dolorosa esta "vendetta" sin cuartel, puesto que en ella no se están dilucidando principios ni compitiendo ideologías; es un exterminio recíproco, guiado sólo por el odio personalista.

El asesinato de Gustavo Mejía colma esta copa de nuestra amargura ciudadana. Estudiante honroso, ciudadano de vergüenza, e hijo amantísimo, fué asesinado simple y llanamente porque se cruzó en el camino de las ambiciones gangsteriles. El no pertenecía a ningún bando; figuraba en el estudiantado limpio de la Universidad; muere violentamente por oponerse a una inmoralidad. Eso hace más condenable el crimen.

Y aquí está una madre cubana, transida de dolor, abrazada al cadáver del hijo que con tanto sacrificio y tan ingente devoción crió estudioso y trabajador, para la familia y para la sociedad. Y aquí está la novia en plena juventud, que vino a despedir por siempre al hombre amado a quien había elegido para formar un hogar decente.

Ya resulta demasiado largo el desfile de

madres cubanas enlutadas; ya es atormentador el número de hogares nuestros, desgarrados por la muerte violenta de un ser querido, a causa de estas "vendettas" sin sanción ni prevención. Todo el dolor humano que recoge esta foto, no cabe en una acusación del DIARIO.

Para remediarlo será necesario que detrás de ella, veamos en símbolo de Mater Dolorosa a la República, enjugando con heroísmo una lágrima vertida en nombre de todos, porque todos no hemos sabido todavía ponerle freno al crimen, al pistolero, a la ferocidad entre sus hijos. Sólo así, en el esfuerzo conjunto y la decisión unánime podremos devolver a Cuba el sentido amoroso y cordial que siempre tuvo entre nosotros la convivencia.

No. Que por causa del gangsterismo, no haya madres vestidas de luto, ni esposas desensombrecidos. Que las lágrimas en el seno de nuestras familias, vengán siempre por la emoción alegre del hijo que gana un premio escolar, del esposo que obtiene ascenso en su trabajo honrado, de la novia que se desposa para formar también su nidal de cariño.

Que la muerte alevosa de Gustavo Mejía sirva de motivo para que toda la opinión nacional se apasione en apoyo del principio de autoridad, a fin de acabar con el gangsterismo. No es posible mantener ni un día más esta situación de desamparo a la vida física de los cubanos. Porque se está lastimando la raíz misma de la sociedad organizada, porque se está destruyendo la más noble levadura del alma humana: el amor al prójimo.